



ISIDRO FABELA

POR RAÚL CARRANCA Y RIVAS,
(abogado, periodista y escritor)

I

Aun la delicada pluma de ave se retrae antes de rozar siquiera con sus perfiles el perfil de Isidro Fabela. Este mexicano de excepción provoca el esparcimiento literario. Gran señor, es un perfecto modelo para la palabra o la línea. Se agitan las nueve musas en el espíritu de quien lo contempla. Hay hombres que nacieron, como Isidro Fabela, para incrustar entre las doce letras de su nombre una docena de adjetivos. Hablar de él se impone.

Cada ser y cada cosa tienen su ambiente. El hombre lo crea según es él mismo. La cultura, ese monstruo de abstracciones que hace tambalear a tantos hijos de Dios, se traduce en las costumbres y en la atmósfera de cada quien. Como vapores casi imperceptibles el hombre va dejando tras de sí aquellos usos que le imponen su inteligencia y su temperamento. El hombre inicia su descripción con el ambiente que ha forjado; y éste tiene por marco, primero, su casa.

Nada lejos de la realidad estaba Simmel, el sutilísimo profesor alemán, cuando en su libro “CULTURA FEMENINA Y OTROS ENSAYOS” afirma, ahora en relación con la mujer, que la casa es el laboratorio donde el alma femenina vierte su cultura y su devoción por la vida. Le faltó ver al berlinés que hay hombres artistas cuya casa es un espejo de su conciencia y de sus anhelos.

La mirada vernácula. Es de mestizo alborozado. América entera ríe, rió, reirá; América es bergsoniana. Siglo de risa el nuestro. LE RIRE nace en 1900. México y sus hombres como Fabela

tienen ese gesto de adoración sobre los labios. La mirada alegre, con risa que estalla en las pupilas; risa del alma. Ríe el que ama, el que comprende.

Al postre, en la cabecera de su mesa, habla con voz serena y habla de México, de Ginebra, de España, de París. Atrapa las ideas con velocidad increíble, las modela entre sus manos que también hablan, hace palabras todo pensamiento, toda intuición. Antes de la cena nos enseñó su casa, la del Risco, monumento colonial allá en San Angel. El mejor elogio de ella es decir que la memoria sólo conserva parte de la imagen; lo demás se fue con la emoción del momento. Pero la casa y sus moradores, son un solo recuerdo. La señora de Fabela es la perfecta compañera amorosa. Su cultura está en su casa; en ella parece un retablo, de esos que ornán los altares mayores de nuestras iglesias coloniales. "El ama brava es llave de su casa", reza el refrán. Llave para abrir los corazones y abrir, también, las puertas de la vida. A la mesa nos sentamos don Isidro, su esposa, mis padres y mi prometida, hoy mi esposa. La medida de lo que yo quiero a las personas me la da lo que gravan en mi memoria. La señora de Fabela me recuerda ahora a mi madre; mi madre, como ella, hizo de su hogar, de su casa, lo que Simmel entiende por cultura femenina. Hay mujeres que hacen de la vida un cúmulo de sentimientos que ofrecerle al hombre. La casa recrea la vida. Su cocina es el laboratorio donde lo que tenemos de vegetativo se transforma en corazón. Su sala es el eje social sobre el que la pareja gira frente al escenario del mundo. El y ella, juntos, se enlazan con la vida en ese trato diario formado por las amistades. O bien, en la sala echan sus raíces esas amistades. En la sala se regocijan el matrimonio y los hijos. Allí construyen su estabilidad o desperdician lo que la vida tiene de noble y positivo. En la biblioteca —toda casa completa suele tenerla— el espíritu toma la forma que el andar de los siglos impone. Y el jardín, ese remanso donde la botánica teje sus figuras más fantásticas, es el altar para que el corazón, las manos, el alma de la mujer, dejen su huella de devoción y feminidad.

La casa de Fabela tiene todo esto, envuelta por un añejo siglo XVIII mexicano. Casa criolla, por sus muebles y su arquitectura. Lo español y lo nacional le dan el sabor de un noble y generoso vino.

Don Isidro Fabela vive en muchas épocas, en muchos diferentes siglos. En El Risco se dan la mano todos los contrastes que hubo en el Renacimiento, en nuestra Colonia, en nuestro México indígena y mágico. Muebles con tapices que espolean la imaginación, pues ve el visitante, sobre un regio canapé o entre dos consolas, lo mismo a Carlos V que a Calleja del Rey o a un señor muy orondo que lleva en la golilla todo el orgullo de la primera audiencia de México. Don Isidro vive, sin duda, mil vidas distintas. Y entre esas vidas, todas derivadas de una misma fuente, lo mexicano se le ha hecho óseo. Es un mexicano como hay que serlo; sin redundancias, sabedor de que nuestro país contiene fibras delicadísimas que honran a cualquier pueblo e impregnan el alma de nobles estímulos.

II

Y ya que hemos trazado el esquema de su medio —orteguiamente hablando, y aunque choque, de su circunstancia— veamos ahora la proyección social de don Isidro Fabela. Maetzu escribe un libro que se llama “DEFENSA DE LA HISPANIDAD”. Es un libro añoso por no decir viejo. Y conste que admiramos otras glorias de don Ramiro; pero España y la hispanidad necesitaban entonces, menos filosofía y más realidad. He dicho esto porque don Isidro Fabela ha hecho siempre una exquisita defensa de la mexicanidad. Pero una defensa nueva, realista, bien hilvanada y tejida. Como que quien la hace es todo un Abogado. Y he aquí una sincera pasión en la vida de don Isidro Fabela: la abogacía. Esta noble, esta hermosa profesión, que empequeñece a los torpes y mediocres haciendo más grandes a los que en ella ponen inteligencia y voluntad, esta profesión liga cual ninguna al hombre con el destino social, cultural y político de la humanidad. Como abogado y hombre sensible, como artista, don Isidro Fabela defiende a México y también lo define. Una definición que le ocupa su vida entera.

México, a la par que todos los países hispanoamericanos, enfrenta la comparación con el gran poder de los Estados Unidos de Norteamérica. Y no es que los Estados Unidos sean un problema en sí. Al contrario, como pueblo valen y significan positivamente mucho. Pero como Estado representan una evidente política de co-

loniaje e imperialismo. Todo hombre hispanoamericano, con serias preocupaciones en su mente, ha de pensar en ello. Y en especial, aquel hombre que haga de la política un deber que se impone a su inteligencia y a su sensibilidad. De tal manera, el ángulo de incidencia en la personalidad de don Isidro Fabela es aquel donde el destino social y político de México, tanto como el cultural, entran en juego. Ningún país puede considerarse como una entidad aislada. Nos guste o no, la vida de México recibe las influencias de Norteamérica; y también los norteamericanos reciben nuestras influencias. Debe importarnos, tiene que importarnos, toda la fenomenología social de ellos. Por eso, en este sentido, don Isidro Fabela, agiganta su figura y su personalidad. Algunos de sus pensamientos a los que vamos a referirnos, expuestos en brillantísimos artículos, vieron la luz entre los años de 1921 y 1929. Pero por su actualidad, por su oportunidad y vigencia, nos ocuparemos de ellos. Y aunque, los Estados Unidos de Norteamérica ya han cambiado mucho en su política exterior, sin duda les falta aún mucho por cambiar.

Don Isidro Fabela recuerda en un artículo ("EL UNIVERSAL", 1921, "LA CASA BLANCA, FABRICA DE DOCTRINAS IMPERIALISTAS") cierta funesta doctrina formulada por Mr. Evarts. Y a propósito de doctrinas, piensa don Isidro en la falacia y marrullería con que se inventan; critica esa falta de escrúpulos y ve la necesidad de que desaparezcan tales doctrinas para poder, así, conservar el orden legal en nuestro continente. El citado Mr. Evarts formula a fines del siglo XIX una tesis —de alguna manera hay que llamarla, aunque sea innoble— que condensa gran parte de la política exterior de los Estados Unidos contemporáneos. Alude Mr. Evarts al deber que tiene el gobierno norteamericano de resguardar las vidas y propiedades de sus súbditos, sin importarles los métodos y sistemas que se empleen para lograr tal protección y haciendo uso, inclusive, de la fuerza militar. He aquí, pues, una típica doctrina imperialista. Don Isidro Fabela arde en furia patriótica ante las palabras de Mr. Evarts y ante la actitud del entonces Presidente norteamericano Mr. Coolidge, quien desentierra esa ponzoñosa doctrina y trata de aplicarla. Como que don Isidro Fabela, uno de los más potentes cerebros del carrancismo, Gobernador de su Estado natal, Embajador ante la Sociedad de Naciones de Ginebra, Juez de la Corte Internacional de Justicia de La

Haya, ha probado el amargor que dejan ciertas tesis norteamericanas sobre política internacional. Y en el mencionado artículo (1921) rompe lanzas en contra de Mr. Evarts y de Mr. Coolidge, es decir, en contra de todo lo negativo que puedan pretender nuestros poderosos vecinos. Y don Isidro Fabela siente, con ejemplar pundonor de hombre y de mexicano, que los Estados Unidos de Norteamérica, o mejor dicho, sus políticos, malbaratan el prestigio de un pueblo lleno de virtudes. Porque proteger las vidas y las propiedades de sus súbditos es el primer deber de cualquier Estado, pero nunca a costa de la vida y propiedades de los súbditos de otros Estados. Los países, como los hombres estudiosos, tienen sus anaqueles repletos de libros y datos que en cualquier momento pueden emplear; no deja de ser alarmante, entonces, que los Estados Unidos de Norteamérica posean tesis como la de Mr. Evarts, tesis que son verdaderos engendros de la inteligencia. Pero en la doctrina señalada asoma, cual ponzoñosa cabeza de serpiente, la intervención de un Estado sobre otro. Pues so capa de la supuesta protección de vidas y propiedades, los Estados Unidos de Norteamérica han intervenido muchas veces en la política interna de países que por supuesto son débiles; porque con los fuertes no suelen valer las doctrinas, sino los hechos. Y aunque se reconociera como legítima la defensa de la vida y de las propiedades, los expedientes por agotarse son otros, y nunca el uso de la fuerza militar. Esa es la desgracia de los países hispanoamericanos; estar sometidos a la fuerza militar, en potencia, de los norteamericanos, o estarlo a la del propio país manejado por nefastas dictaduras. Una excepción, en honor a la verdad, es México; con grandes problemas e imperfecciones, desde hace muchos años ha tirado por la borda la mugre de vergonzosas dictaduras. Pero el que sea una excepción no lo exime de posibles peligros. La fina inteligencia, la honda inteligencia de don Isidro Fabela ve sin duda que lo que dos países vecinos construyen en tiempos de paz, debe ser ley en tiempos de guerra. Los compromisos políticos e internacionales son más poderosos de lo que suele suponerse. México y los Estados Unidos de Norteamérica no están amenazados de verse envueltos en una seria conflagración; pero ya sea por una crisis entre los dos o ya por una crisis mundial esa conflagración puede llegar. Y entonces, tesis tan monstruosas como la de Mr. Evarts son un verdadero peligro para la dignidad y los derechos de todos los pueblos del mundo.

La política exterior de los Estados Unidos de Norteamérica es calificada por don Isidro Fabela de unilateral. Y a don Isidro le sobra razón cuando dice que desde Grocio y Blunstchli hasta Basset Moore y Fauchille, la intervención no es un derecho sino una violación de los derechos fundamentales de los Estados soberanos. He allí una incontrovertible verdad del Derecho de Gentes. Sin embargo, los norteamericanos incurren en una gravísima contradicción. Portaestandartes de la doctrina Monroe, "América para los americanos", la usan según es oportuna y les conviene. A don Isidro Fabela, ejemplar mexicano y americano, no se le escapa que ante las intervenciones que en América han tenido franceses, ingleses, españoles y alemanes, la doctrina Monroe, ha dormido medrosamente el sueño de la Bella durmiente. En cambio, cuando Europa ni siquiera pensaba entrometerse en la vida interna de nuestros pueblos, Washington apeló al mito de Monroe más que para evitar una inexistente agresión exterior, para abusar de su fuerza realizando sus propósitos avasallantes. So pretexto de espejismos jurídicos, los norteamericanos se han ocupado de lo que ni les incumbe ni comprenden, por haber ellos, en mala hora, degenerado y envilecido la cultura que heredaron. Las palabras de don Isidro Fabela no han prescrito por el transcurso del tiempo. La doctrina Monroe sigue empleándose, a la manera de sus colonialistas intérpretes. Pero este resentimiento de don Isidro Fabela hacia la política exterior de los norteamericanos, no debe entenderse como el característico complejo de los oprimidos. En la historia, en realidad, no hay opresores ni oprimidos; solamente pueblos justos o injustos. Y la historia los sitúa en su preciso lugar. Don Isidro Fabela comprende que América es tierra de amplísimos horizontes; comprende que las relaciones honorables entre sus respectivos países, la paz, la armonía, la concordia, han de nacer. El sabe que el Nuevo Mundo ofrece perspectivas insospechadas. Por eso una doctrina tan acomodaticia como la de Mr. Monroe no nos conviene. Y sabe don Isidro Fabela que los pueblos rara vez se conocen mutuamente; se conocen, en cambio, sus gobiernos, o mejor dicho, sus estadistas, sus diplomáticos. Francia ama a México? Falso. Lo aman algunos de sus políticos, de sus estadistas, de sus hombres de empresa, de sus galanos y finos miembros del llamado Servicio Exterior. Por qué no permitir que los pueblos se amen y se conozcan? ¿Cómo? Despertando en ellos una autén-

tica conciencia ciudadana, interior y exterior. Ejerciendo una verdadera democracia que los interprete; creando doctrinas que demuestren ese amor y conocimiento. El amor al prójimo ya no es una bella frase sobre un inmortal pergamino. Ahora se ha convertido en todo un proceso político-social. Hagámoslo efectivo depurando doctrinas y acciones.

“Ciertamente ha sido seductora la contemplación del gigante sajón, ayer niño, cuyo desarrollo en la historia universal no tiene ejemplo; la de las trece Colonias exiguas, crecientes en riqueza y poder día a día hasta verse convertidas en la orgullosa y avasalladora Roma del presente, que tiene a sus pies postrado al mundo.

¿Qué destino le está reservado, a ella que no conoce aún el fracaso?”, se pregunta con hondas palabras seductoras Carrancá y Trujillo. Pensamos, ante esto, que el destino depende de los orígenes, de la causa, del pasado. Mientras Iberoamérica repelió a su metrópoli a nombre de la libertad y del odio a las tiranías, las colonias inglesas se sublevaban negándose a pagar tres peniques que por impuesto a la libra de té, Inglaterra había asignado. La Constitución norteamericana, recién lograda la Independencia, “fue esencialmente un acto económico”, como ha dicho Beard; la nuestra, ante todo, se implantó como garantía de la libertad y del Derecho.

Y don Isidro Fabela combate la doctrina del destino manifiesto, la del *big stick* y la llamada *dollar diplomacy*. “La teoría ha nacido después para justificar la acción, afirma Carrancá y Trujillo añadiendo: “Es así como ha aparecido el panamericanismo, carátula de un imperialismo generalmente sentido y desde luego siempre por el Estado” . . .

Don Isidro Fabela pone, evidentemente, el dedo en la llaga. Tiene enorme importancia que este mexicano, dada su personalidad social, intelectual y política, vislumbre realidades que aunque todos conocemos no todos señalamos. Don Isidro Fabela, como buen internacionalista que es, asiste devotamente al desarrollo político y cultural de nuestra América. Lo palpa. Lo conoce. No hay nimiedades en sus juicios severos y profundos. De largo alcance es su inteligencia. América, en efecto, es el común denominador de nuestras respectivas patrias. Los que hemos visitado los Estados Unidos de Norteamérica, Washington, New York, New Orleans, Texas,

etc., hemos comprendido fácilmente que América entera se ha vertido sobre ese territorio; con sus frutos y secretos ocultos de legumbres prodigiosas, con sus excitantes que, como el café, atolondran al yanqui en medio de su vaivén de oro; con sus portentosas riquezas naturales, que esas y no otras son avales de Wall Street. Dentro de algunos años, nadie puede saber cuántos, los Estados Unidos de Norteamérica se desmoronarán. ¿Por qué? Porque su política capitalista no puede regir en un mundo donde el socialismo es imperante necesidad de todas las economías y de todos los hombres y mujeres que trabajan. ¿Quedará de ellos, de los norteamericanos, lo mejor, ¿Qué ha sido? Su pueblo laborioso y fecundante que, en medio de durísimos avatares del destino, se siente atraído por la magia indoamericana, por la sutileza latina; realizando, con nobleza, el apotegma de Gheorghiu en "La Hora Veinte y Cinco": los conquistadores son, casi siempre, los conquistados. Pero mientras los Estados Unidos de Norteamérica se depuran, valgan estas acertadas palabras de Carrancá y Trujillo: "Sólo una clara conciencia de que la amistad entre el fuerte y el débil no puede existir sino a base de respeto al derecho de cada uno, a su soberanía e independencia, a sus intereses fundamentales, a los intereses de cada hombre y de todos, puede hacer que los pueblos que viven, por mandato del destino, en un mismo hogar continental, colaboren en la consecución de los fines que son comunes a todos los pueblos y a todos los hombres libres; fines que amparan el derecho a pensar, a creer, a trabajar, a organizarse y a vivir, sin temor al gendarme o a la miseria. Las dos grandes guerras de este siglo han enseñado a los Estados Unidos que, mientras mayor es su poder mundial, más ligados están al mundo entero y especialmente a las Repúblicas iberoamericanas. Si es verdad que ellos son los guardianes del oro y de la paz del mundo, su poder y su riqueza los fuerzan a responder de que la paz se consolide y a ellos les impone garantizarla con ese mismo oro y con ese mismo poder. Pero la paz no se habrá consolidado sino es en un régimen internacional de justicia. Sobre este punto, sentimientos antes dispersos se muestran ya robustos y unificados en todas las repúblicas iberoamericanas. Políticos, intelectuales, obreros, los comparten. No caben ya encendidas promesas sino que es hora de realizaciones; y no hay que esperar a una tercera guerra para que dé los frutos prometidos la Política del Buen Vecino".

Don Isidro Fabela, el hombre al que en ciertos rasgos de su obra pretendemos biografar, estudia con tal pasión algunos problemas de política internacional iberoamericana, que no deja de alentarnos la esperanza de que sus fecundas vida y obra sigan iluminando, por mucho tiempo, la decisión de políticos e intelectuales mexicanos. En 1921, el 28 de diciembre, en "EL UNIVERSAL", aparece un artículo titulado "LOS GOBIERNOS DE CUARTELAZO Y SU RECONOCIMIENTO". Tan apasionante tema encuentra en don Isidro Fabela un probo crítico. Comenta don Isidro la tesis de Mr. Harding, elegido Presidente Norteamericano en 1920; sostiene la necesidad de constituir la Liga de las Naciones Americanas; ella se ocuparía de fijar las bases para el reconocimiento de los gobiernos nacidos de revoluciones o cuartelazos. Don Isidro piensa, en principio, que tal Liga significaría una intervención en los negocios de los Estados independientes. Pero después sostiene que las naciones independientes pueden, en un congreso o liga, sacrificar algunas de sus libertades en bien de la paz humana y de la civilización. ¡Qué grande problema es para América el de los gobiernos nacidos de revoluciones o cuartelazos! Este, que no es un problema exclusivamente mexicano, en el sentido de actual, interesa a don Isidro Fabela por la honda vocación de nuestro insigne internacionalista para los asuntos hispanoamericanos. México desde hace mucho tiempo se orienta hacia el logro de gobiernos eminentemente constitucionales y democráticos. Pero la vigencia sincera de nuestra Constitución y la práctica de nuestra democracia, dejan aún mucho que desear. Como país hispanoamericano y en pleno desarrollo hacia la madurez política, han de interesarnos estos asuntos. Piensa don Isidro Fabela que la democracia estadounidense ha servido muchas veces a una política egoísta y agresiva. Washington reconoce a los gobiernos que le conviene reconocer. Inescrupuloso hasta el cansancio, Washington orienta su política exterior hacia sus intereses capitalistas. Si un gobierno espurio puede darle petróleo, vengán ese gobierno y ese petróleo. América hispana, por lo mismo, debe organizarse con suma reflexión evitando, en la medida de lo posible, la política egoísta de los norteamericanos. Somos, los que hablamos español y brasileño en este continente, un mercado de materias primas para los norteamericanos; y lo seremos hasta que nuestra independencia económica se imponga. Para ello es necesaria una recia solidaridad política en-

tre nuestros pueblos. Juzgar, entre nosotros mismos, a aquellos gobiernos nacidos de revoluciones o cuartelazos, si el juicio se mide y se somete al *jus gentium*, puede significar un noble esfuerzo por comprendernos en nuestros problemas; y, consecuentemente, por ayudarnos a resolverlos. Don Isidro Fabela admite esta idea, pero siempre defendiendo la independencia de cada país y el derecho que tiene para gobernarse y regirse. Así como los hombres se juzgan y analizan los unos a los otros para mejor entenderse, así también los pueblos. Los pueblos que se desconocen, si viven en un mismo continente, crean focos de hostilidad y crisis tanto políticas como económicas. La felicidad de cada país hispanoamericano depende de la felicidad común de todos ellos. América, tarde o temprano, América toda, será una potencia mundial; potencia, ojalá, en el sentido espiritual de la palabra. La política del mundo ya no debe orientarse hacia la fuerza sino hacia la comprensión; comprensión difícil y erizada de problemas, pero comprensión. Claro que el derecho requiere coercibilidad; mas ante todo debe darse el derecho. América entera puede ser la sostenedora de ese derecho. Puede crear un derecho que el mundo reconozca, aplauda y utilice; puede ser la orientadora jurídica del mundo. Esto se lee entre líneas en los escritos de don Isidro Fabela. Pero la madurez política de Iberoamérica nacerá de su mutua comprensión. Por eso la idea de Mr. Harding, vista limpiamente y con sentido absoluto de justicia, interesa a don Isidro Fabela.

Los Estados Unidos de Norteamérica han sido muy dados a la firma de tratados contrarios al derecho y al honor de las naciones; la política exterior de Mr. Harding, Presidente Norteamericano allá por el 21, de Mr. Fall, Secretario del Interior de ese Presidente y de todos cuantos en esa época se ocupaban de vociferar en la casa Blanca contra México, es, sobre todo, una política de garrote. Lo alarmante es que lo que sucedía en 1921, en parte sigue sucediendo; es decir, que los Estados Unidos de Norteamérica ven en nosotros un pueblo sumiso y necesitado que está dispuesto a aceptar todo. Grave error. México los necesita; pero puede superarlos en habilidad y en inteligencia que, a la larga, los coloquen, históricamente, en su papel. ¿Es posible que esto no les importe? A los hombres que gobiernan no, pero a los pueblos sí. Y el pueblo norteamericano es muy sencillo; y comprende que su papel en la historia es lo único importante que puede legar a la humanidad; un

papel decoroso y humanitario. Necesitamos a los norteamericanos porque nuestro sistema económico es eminentemente capitalista; porque nuestra naciente industrialización está muy comprometida con el capitalismo norteamericano y porque nuestros empréstitos y créditos, exportaciones e importaciones dependen de ese capitalismo cuyos intereses nos dominan gracias a su política de coloniaje y a los malos mexicanos que sólo ven el oro más allá de su nariz. Pero si las fuerzas económicas que nos mueven, dependientes del capitalismo norteamericano, se hundieran un día por esos movimientos sociales cuyos secretos la historia conoce, México quedaría a la deriva. En ese sentido México no está preparado para conducir su propia nave. No lo han dejado los malos mexicanos y los colonialistas yanquis. En tales circunstancias sobrevendría o la anarquía o el socialismo, que para nosotros es aún prematuro, y hacia el cual inevitablemente marcha el mundo. Hay que impedir tal catástrofe, impedirla a toda costa.

Por eso la política exterior de Norteamérica, en muchas partes igual a la que seguían en 1921, es francamente alarmante para nosotros. Esperemos de la madurez que van adquiriendo los norteamericanos a partir de la última conflagración mundial, el suficiente sentido histórico para corregir sus fallas hacia nuestros pueblos. Una reciente y dramática visita que a los países latinoamericanos hizo el Vice-Presidente estadounidense Nixon, anuncia esa madurez y ese posible cambio de política.

Derrocado Carranza y ya Presidente el general Alvaro Obregón, el gobierno norteamericano, para reconocer a Obregón, propuso una serie de bochornosas e injustas condiciones. Condiciones que se aúnan a un reconocimiento de gobierno a gobierno. Y con sobrada razón don Isidro Fabela señala que el reconocimiento, en este caso, o se otorga incondicionalmente o no se otorga; y esto conforme al Derecho. Porque un reconocimiento incondicional peca de altanería y falacia para intervenir en los asuntos ajenos. Llamado el "memorándum Summerlin", tal conjunto de condiciones podrían equipararse a esas otras que Fall, Brand-gee y Smith, vocales del Comité de Relaciones Exteriores del Senado americano, le entregaron a la Casa Blanca en 1919 para reconocer al gobierno mexicano después del asesinato de Carranza. Y las últimas se sintetizan así: permitirles a los Ministros de Culto, maestros y misioneros norteamericanos que entren libremente a México, que viajen

o residan en el país, facultándoseles para que dirijan escuelas y posean propiedades (contrario a los artículos 3o. y 130 de la Constitución de 1917); no aplicárseles a los norteamericanos las disposiciones del artículo 27 de la Constitución, que nacionaliza la propiedad territorial de la República; establecerse que el gobierno de México no puede disponer de los productos del subsuelo pertenecientes a ciudadanos norteamericanos; no hacerles llegar a los ciudadanos estadounidenses la prohibición constitucional que les impide a los extranjeros adquirir tierras, aguas o concesiones de minas y combustibles minerales; impedir que las leyes de nacionalización de los bienes del clero recen con las iglesias, rectorías, seminarios y escuelas religiosas administradas o poseídas por norteamericanos; no sancionar a los extranjeros perniciosos con el artículo 33 de la Constitución, cuando éstos sean norteamericanos, pues en el caso procederá una sentencia judicial; pagarles a los ciudadanos estadounidenses los daños que hayan sufrido durante las revoluciones de México, previa resolución de una comisión mixta formada por norteamericanos y mexicanos a quienes nombrarán los Presidentes de los Estados Unidos de Norteamérica y de México; arreglar las disputas concernientes a los límites internacionales y a las aguas de los ríos Grande y Colorado, así como la cuestión del Chamisal, por medio, también, de una comisión mixta.

Pero no conformes con esto, los senadores citados añaden: “tenemos el derecho de rehusarnos, y es nuestro deber hacerlo, a reconocer cualquier gobierno de México, que no convenga, por medio de un tratado, en las anteriores condiciones de reconocimiento”. Después de lo dicho vienen amenazas, “la acción sigue a la amonestación”, amenazas tales como enviarnos una fuerza de policía, naval y militar, para abrir y mantener abiertas las líneas de comunicación entre la ciudad de México y los puertos y aduanas fronterizas.

El ánimo de intervención, era, entonces, evidente, por parte de los norteamericanos hacia los mexicanos. Don Isidro Fabela se condele por ello.

Hasta aquí, una relación sucinta de lo escrito por don Isidro Fabela en torno a las relaciones internacionales de México con los Estados Unidos de Norteamérica. Nos han interesado como para acaparar diez cuartillas y media porque de dichas relaciones nace la

mayor parte de nuestra vida democrática y política. Hace algunos meses, horas antes de salir hacia el interior de la República, comisionados por el Partido Revolucionario Institucional dentro de la campaña política del Presidente de la República, licenciado don Adolfo López Mateos, en su nombre nos dirigió algunas palabras de estímulo el entonces Presidente de nuestro Partido, general don Agustín Olachea. “Es difícil gobernar a México”, dijo. “Muchísimos problemas se plantean a todas horas. Además de los internos, tiene enormes complicaciones ser vecinos del país más poderoso de la tierra”. Estas palabras nos emocionaron profundamente. Después conocimos muchos rincones de la patria; rincones misérrimos, rincones alegres, rincones opulentos. De todo, como en un gran mosaico donde abundan los colores y los tonos. Y de estas experiencias nos vino la convicción de que la vida internacional de México influye poderosamente en su democracia interna.

Hoy, 24 de noviembre de 1958, don Isidro Fabela, sin duda, piensa en el vasto porvenir de México. Piensa y se preocupa con excepcional ingenio. En su sencilla y acogedora casa de Cuernavaca, no ya la señorial e histórica del Risco, en su cabeza se agitan los problemas que buscan profundas soluciones para nuestro drama. México es un torrente de contradicciones. Pueblo sacrificado que merece una suerte muy superior a la suya. Pueblo lleno de magia, de hombres valiosos, de ideas generosas, pero... Y el *pero* se suspende, sin duda, sobre la pensante cabeza de don Isidro. Mucho nos recuerda, en su casa de Cuernavaca, a ese otro Don, Don Pelayo, admirado por Diego Laínes, padre de Mío Cid Campeador. Y en la extraordinaria hazaña que del Cid escribe Vicente Huidobro, don Pelayo es una roca, un aluvión, una bola de nieve. Así don Isidro. Lo conocemos algo; a un hombre de verdad, nunca se le conoce totalmente. En su casa llena del espíritu de una mujer —su extraordinaria esposa— de libros, de ideas, México entra y sale por las puertas cual un vendaval, se pasea por las estancias y angustia el alma noble de don Isidro. ¡Cómo ama don Isidro a México! Lleva sirviéndolo muchos años. Pero su sencillez, su camaradería, su llaneza fraternal, le invitan a uno a quererle y a respetarle. Don Isidro Fabela es hoy un gran trozo de México. Representa lo que de México se puede aprovechar, y poco se ha aprovechado. Hombre valiente, talentoso, sabio, que anhela servir a su patria con ternura y honradez.

No lo dudamos. La preocupación internacional de don Isidro Fabela sigue acongojándole. Qué pensará el grande hombre de la entrevista entre el licenciado don Adolfo López Mateos y el senador Lyndon Johnson? El último ha dicho que “en un futuro próximo nuestras naciones darán pasos firmes para abatir los obstáculos que ya no tienen razón de existir entre nosotros”. ¿Qué obstáculos hay que abatir? ¿Cuáles son? ¿Y cuáles esos pasos firmes? Don Isidro lo sabe. El conoce, por experiencia propia, la parte más conmovedora y dramática de nuestra historia. El fue ministro de Relaciones Exteriores con don Venustiano Carranza. ¿Qué pensará don Isidro de México, de los Estados Unidos de Norteamérica, del senador Johnson?

En su mente se albergan cientos de esperanzas. Confía en que el Derecho Internacional se haga humano y justo, confía en que ese derecho, por esos caminos, haga humanos y justos a los hombres.